

Quién como yo: semillas para un desvelamiento

Por Daniel Bernal Suárez

Quién como yo: labor de orfebrería, meditación y sosegado esfuerzo de pulimento. Como el mar con los restos de la playa, como un Leteo invertido que proveyera de una memoria remozada al que frecuentase sus aguas. Estamos ante una novela ambiciosa de cuya complejidad y distintos niveles de lectura puede dar cuenta su propia estructura: dividida en tres partes que, a su vez, aparecen fraccionadas en segmentos. Este fragmentarismo obedece al engarce entre dos vidas que se cruzan. Superposición de voces que le sirve a Damián H. Estévez para reflexionar acerca del estatuto de la propia narración y el grado de ficción que nuestra desleal memoria introduce en cada recuerdo. De ahí que no sean ajenos al texto los problemas de las versiones, el desvío que cada transmisión y el tiempo interponen. Y el azar, de fondo, urdiendo sus dédalos.

Las historias, además, se suceden de un modo que me hace pensar en una veta cervantina. Los saltos espaciotemporales se producen como reflejo de la memoria -y sus actos fallidos, sus ignominiosas interpolaciones y errores- y la conciencia de cada personaje. El narrador, aunque omnisciente, sabrá dispersarse y focalizarse en las respectivas reconstrucciones de las vidas de Miguel y Leandro. Al comenzar la novela, el primero, sujeto a la mendicidad desde hace años, verá cambiar su destino. El segundo, víctima de una terrible enfermedad, viajará a la isla de Lotavia como un acto de despedida. Tras ese punto de arranque, sus caminos confluirán para saldar cuentas pretéritas.

Quién como yo es la primera novela de Damián H. Estévez. Con anterioridad había publicado los libros de relatos *Lo que queda en el aire* y *...En el aire queda*. La novela comparte con esos volúmenes la ubicación de la acción narrativa en el espacio imaginario de la isla de *Lotavia*, perfilado en esta ocasión con prolijidad casi enciclopédica. Cartografía de la imaginación: el

espacio y sus elementos arquitectónicos tienen un papel relevante. Tránsito discontinuo de los espacios externos a los internos: porque quizás el paisaje no sea más que una espejeante visión de los laberintos psíquicos.

El título nos remite ya a una cuestión fundamental: la identidad del sujeto. La forma interrogativa del mismo nos adelanta que la ficción no irá de establecer formulaciones simples o sostener tesis sobre cuestión tan compleja, sino de proponer interrogaciones, plantear preguntas, dar cabal expresión a la incertidumbre.

La novela se construye alrededor de convergencias y divergencias entre ambos personajes. En algunos aspectos Miguel y Leandro se contraponen de un modo profundo: hombre de acción el primero (rodeado de desapariciones, muertes extrañas y trabajador en su juventud de la empresa kafkiana de traducciones *Poliglota Enterprise*) y más contemplativo el segundo. No obstante, en muchos otros elementos se reflejan y coinciden. Como en la íntima necesidad de contar, de contarse a sí mismos, para dotar de sentido a lo acontecido. Una cierta impaciencia les impele: *Para que la historia no se paralice*, como asevera el narrador en una página. Perpetuo recomenzar y tomar el hilo de la narración como Scherezade o Penélope a la espera de Ulises. "La narración es, pues, la gran metáfora de la suspensión de la muerte", reconoce el poeta José Ángel Valente en un texto del hermoso libro *La experiencia abisal*. Y prosigue: "Narrar es tejer un hilo inconsútil que resiste a la secante interposición de la muerte y engendra contra ésta la duración". Perdurar, abolir el tiempo por la narración, burlar a la muerte. "Perder el hilo de la narración equivale a cortar el hilo de la memoria, es decir, equivale a morir". Miguel y Leandro, frente a la proximidad de la muerte -o su presagio- ansían la narración que los redima. Por ello, en la segunda parte de la obra, al reencontrarse tras años sin verse, reclaman esa voluntad perdurable de explayarse en la ficción, de nombrarse a sí mismos, sus cuitas y hallazgos, sus denuedos y sus reflexiones.

Recordemos aquella frase de Borges en la que reflexionaba que acaso el tema del doble hubiera sido sugerido a los seres humanos por la visión de su propio rostro en la superficie del agua o de los espejos, o por la existencia de gemelos. El doble puede ser una realidad externa: el sujeto frente a lo otro, a lo esencialmente diferente. Una dualidad enfrentada desde fuera al yo, por tanto. Toda la literatura, desde el punto de vista de la generación del conflicto, nos remite a ello: mi visión frente a la del otro, sea oponente o enemigo.

Si el tema del doble viene sugerido por la visión del agua o del espejo, nos movemos en el ámbito de contemplación del propio yo (una realidad interna, pues). Imaginemos por un instante cuando observamos nuestro reflejo sobre una superficie bruñida: la autoconciencia nos lleva a reconocernos, pero al mismo tiempo se produce una suerte de *extrañamiento* frente a la identidad. El yo reflexiona sobre sus propios actos y se desdobra: tenemos así los conflictos literarios asociados a la moral.

Pero la dualidad está tratada no solo desde estas perspectivas, sino también desde toda una red de símbolos sustentada a través de analogías e iteraciones: de situaciones, de objetos, de espacios. Una concatenación de enigmas sostiene la tensión, como las alusiones al singular pintor Velarti y a su obra perdida: lo ausente se proyecta como eco en la acción de las páginas, porque acaso se trate de *cuadros proféticos*. Y así encontrará el lector indicios y señales que, cual hilo de Ariadna, le permitirán llegar al Minotauro y regresar. En la ida descubrirá una trama determinada, literal. En la vuelta, en cambio, habrá descifrado una trama simbólica que subyace a la historia primera. Poblada de secretos parciales, el lector acudirá a la lectura como recogiendo las semillas de un desvelamiento que resuenan en el subsuelo de su memoria individual y colectiva. Como aquel personaje borgiano que halló en las rayas del felino la escritura secreta de la divinidad.